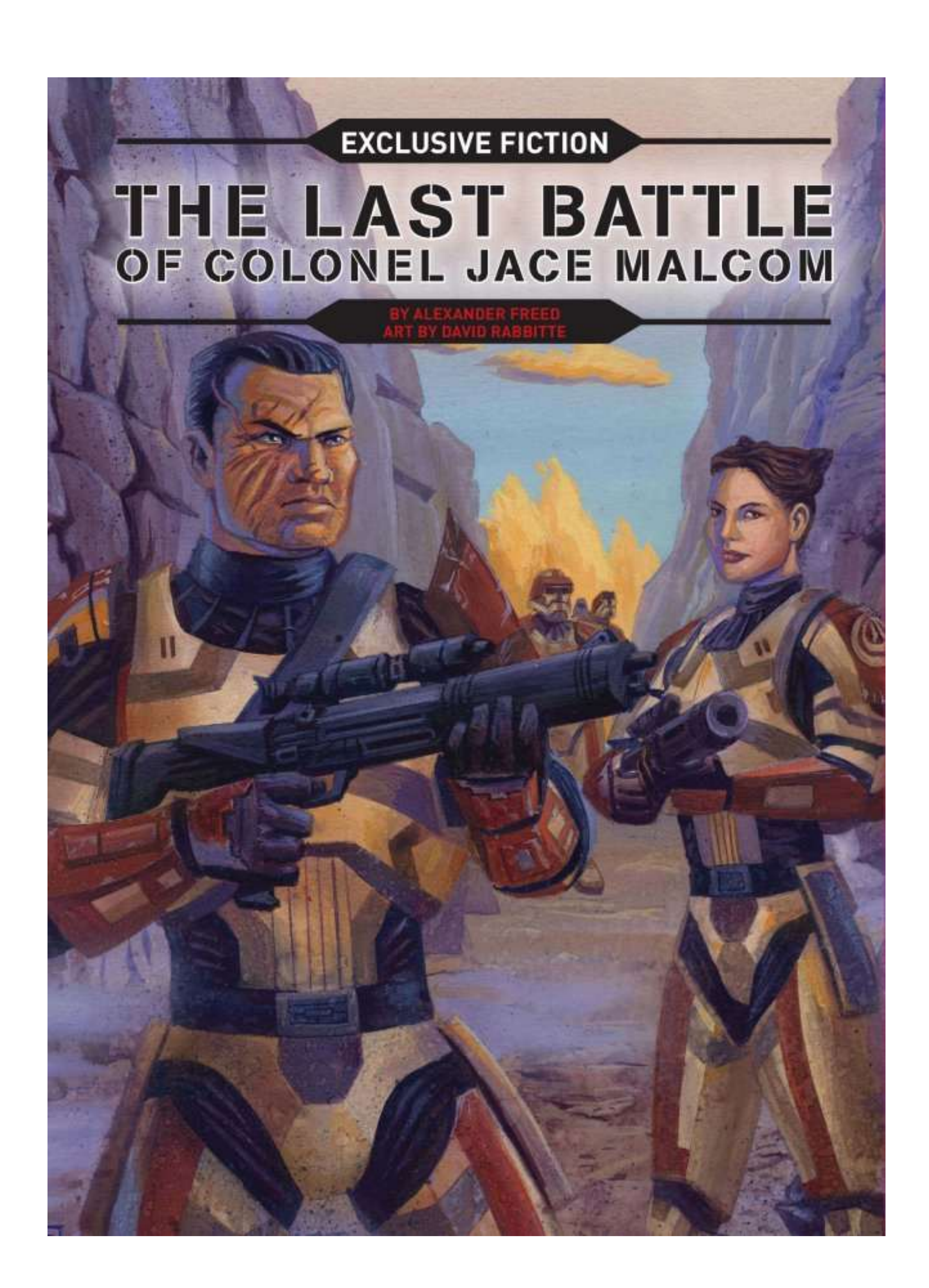

EXCLUSIVE FICTION
THE LAST BATTLE
OF COLONEL JACE MALCOM
BY ALEXANDER FREED
ART BY DAVID RABBITTE

El veterano soldado Jace Malcom lidera una unidad novata a través de los acantilados rocosos y envueltos de niebla de Kalandis Siete. Su unidad tiene una misión: destruir un espaciopuerto imperial.

Cuando Jace descubre una nave de mando planetario reabasteciéndose en el espaciopuerto, decide cambiar el plan. La información a bordo, posiblemente podría poner fin a la guerra en el planeta. Capturarla no será fácil, ¡pero seguro que sería una gran forma para que Jace se retire con un destello de gloria!





La última batalla del Coronel Jace Malcom

Alexander Freed



LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *The Last Battle of Colonel Jace Malcom*

Autor: Alexander Freed

Ilustraciones: David Rabbitte

Publicado originalmente en *Star Wars Insider 137*

Publicación del original: octubre 2012

3641 años antes de la batalla de Yavin

Traducción: CiscoMT

Revisión: Bodo-Baas, vansanbinks

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.1

11.07.15

Base LSW v2.21

Declaración

T-MENOS SIETE HORAS.

La armadura del hombre agonizante goteaba de sudor en la niebla, perlas de humedad —no agua, nunca agua en este planeta— formándose en la placa pectoral blanca de plastoide y goteando contra el suelo. El hombre agonizante en sí mismo estaba apoyado contra una roca, y la Sargento Immel se agachó sobre él conforme torpemente reaseguraba su casco.

—Ha caído, Coronel, —dijo ella—. Los autodocs lo muestran en crítico.

Jace Malcom miró al horizonte. A través de los filtros de la pantalla de su casco, la niebla parecía disolverse ante el cielo amarillo y los desfiladeros rocosos, entonces con un chasquido volvió a su lugar mientras la tecnología del filtro lo abandonaba con un gesto electrónico. No había más presencia enemiga. Al menos, ninguna obvia.

—Es tu decisión, —dijo Jace—. ¿Su rastreador es funcional?

—Funciona. ¿Qué hay de los buitres?

—Si el Imperio tiene tiempo de enviar buitres, significa que hemos fracasado la misión.

No era cierto, por supuesto. Los soldados de traje negro podían ir en bandada hacia el campo de batalla en cualquier momento… heraldos de la propia muerte, siguiendo a los rastreadores médicos para encontrar a sus víctimas. Pero Immel conocía las probabilidades, así que Jace podía permitirse la mentira.

—¿Por qué yo? —preguntó Immel.

—Las Fuerzas Especiales están aquí para aconsejar, y me alegro de ser un arma adicional. Pero en el campo, el juego es vuestro.

—Eres una escoria inferior, Coronel Malcom.

—Es lo que son las FuerzasEspec.

Jace miró a Immel. Sus hombros con armadura se alzaban y caían mientras tomaba aliento profundamente, entonces, en silencio, se inclinó sobre su camarada agonizante y manoseó un dispositivo en su cinturón. Su voz crujió a través del comunicador del casco de Jace un momento después.

—Todos los equipos, vamos a continuar presionando.

Immel sacó su rifle del polvo y empezó a comprobar las lecturas. Jace se arrodilló junto al hombre agonizante y puso una mano sobre su hombro.

—Cabo Amden vor Keioidian. Hiciste que la República se sintiera orgullosa. Hiciste que todos *nosotros* nos sintiéramos orgullosos. Y volveremos a por ti.

Jace se puso en pie, asintió a Immel, y ellos se escabulleron juntos hacia la niebla, rifles meciéndose cerca. Immel no miró atrás, y Jace sonrió amargamente, sintiendo que la expresión despuntaba por las cicatrices de su cara. Ella había hecho la decisión correcta. Debía acabar siendo una líder decente después de todo.

Por otro lado, pensó él, *más le vale.* Las tropas iban a necesitar a alguien a quien elevar la mirada, y a él no le quedaba mucho tiempo.

T-MENOS CUATRO HORAS.

El campo de batalla se estrechaba en una serie de cañones, canalizando la niebla como el lecho de un río. La gravedad en Kalandis Siete —lo suficientemente baja como para hacer que lanzar una piedra fuera un deporte básico, lo suficientemente alta para asegurarse de que una caída fuera todavía dolorosa— hacía la marcha más fácil, pero no menos tediosa.

Rompiendo el largo silencio llegaron los ánimos distorsionados por la estática al comunicador de Jace. Los niños chillaban y los fuegos artificiales estallaban, cada uno acompañado por una explosión de ruido blanco. En un movimiento, sin romper la zancada conforme atravesaban el paisaje estéril, Jace e Immel bajaron el nivel del volumen de los comunicadores de sus cascos.

El comunicado de propaganda anulaba todos los canales cada hora, con un estruendo de los agentes del Servicio de Información Estratégica de la República en órbita. Esta vez, era otro informe de noticias sobre la retirada del Imperio de Corellia y de los Mundos del Núcleo. Una victoria genuina, sin adulterar para la República, pero una muy lejos del sistema Kalandis, y no la primera victoria aparente que había visto Jace en su carrera.

Ya han pasado cuarenta años, pensó él —seguía pensando, cada día en diferentes momentos, cuando algunos soldados rasos se jactaban de su primera cicatriz en el comedor o mientras revisaba las especificaciones para las cientos de variantes de algunos cazas estelares— cuarenta años desde que el Imperio Sith había llegado para conquistar la galaxia, y había estado luchando desde entonces.

Él suponía que no estaría luchando mucho más.

La voz de Immel cortó a través de un comentario sobre el último discurso de la Canciller Suprema.

—Objetivo a la vista.

Habían surgido de la boca estrecha de un cañón hacia una llanura agrietada, donde las siluetas de agujas oscuras se estrechaban hacia el cielo tras la niebla.

—Hemos alcanzado el espaciopuerto, —Immel continuó, ajustando su comunicador—. Todos los equipos, informen.

Jace escuchó a las voces chisporroteantes hablar, una por una, conforme él descolgaba una mochila y comprobaba los contenidos. Él conocía los nombres de los soldados (Zenhai, Kayle, Min-Reva), los había conocido a la mayoría (Eron coleccionaba grabaciones de música antigua; Camur tenía alergia al caf), había incluso seleccionado a dedo a algunos para esta misión (Yennir de los Verdes veía a través de la niebla como si fuera cristal). Eran jóvenes y estúpidos y valientes, y él podría pensar en peores hombres y mujeres con los que servir.

—¿Preparado para ir? —preguntó Immel.

Jace asintió y lanzó a Immel la mochila.

—Balizas cargadas y preparadas. Plántalas en los objetivos y la niebla no importará —nuestra ala de cazas sabrá exactamente dónde soltar la carga.

—Asumiendo que los pilotos no lo estén averiguando con sus droides de vuelta en la base. ¿Has hecho esto antes?

—¿Bombardear un espaciopuerto? Más veces de las que puedo contar.

—¿Cuáles son las probabilidades de que no lo reconstruyan mañana?

Jace se encogió de hombros.

—Puedo pensar en peores formas en las que los Imps gasten sus recursos.

Abatir un espaciopuerto sería un paso principal en asegurar Kalandis, incluso si se reconstruía. Incluso si había una docena de otras bases Imp en el planeta. Jace había trazado el plan él mismo.

Pero Immel no se equivocaba al preguntarse qué bien haría.

Continúa mintiéndole, pensó Jace. Tienes un ejemplo que dar.

El espaciopuerto era una mezcla de plataformas planas de metal, búnquers de ocupación de comandos, y esbeltas torres de control. Jace e Immel se habían aproximado juntos, en silencio, observando a las patrullas enemigas: pares de soldados Imperiales ataviados de negro y rojo. La niebla les hacía evitar al enemigo suficientemente fácil, hasta que el calor de una nave estelar aterrizando dispersó la niebla, soplando un muro abrasador y neblinoso sobre Jace y una patrulla cercana.

Los Imperiales no se habían girado, no se habían dado cuenta de nada antes de que los rayos de bláster de Jace hicieran arder agujeros gemelos en las espaldas de sus trajes. El rugido de los motores de la nave estelar continuó conforme Jace e Immel se lanzaban para arrastrar los cuerpos bajo un caza Imperial a medio reparar.

Uno de los cuerpos gimió conforme el rugido de los motores empezó a desvanecerse. Immel presionó el cañón de su rifle contra la parte trasera del casco del hombre y apretó el gatillo antes de hacer rodar el cuerpo hacia la sombra del caza.

—Disparo de misericordia, —musitó ella.

Da lo mismo, pensó Jace.

Immel retiró una baliza y la enganchó a un terminal de energía cercano conforme la niebla volvía a inundarlo todo. Jace entornó los ojos y ajustó los filtros de su casco, mirando en la dirección del navío que acababa de aterrizar.

—La torre del sur está a cincuenta metros en esa dirección, —dijo Immel—. Objetivo primario… ¿planeas ayudar?

Jace no se giró, continuaba mirando hacia la sombra alzándose de la nave estelar a través de la niebla.

Era demasiado grande para ser un bombardero. La forma del casco más lisa que la mayoría de transportes.

—¿Cómo vamos de tiempo? —preguntó él.

—Los cazas están en el aire ahora mismo. Tenemos al menos dos horas antes de que aparezcan.

Jace maldijo, entonces hizo sobresalir un pulgar en dirección a la nave estelar.

—Está bien: ajustaremos el plan. ¿Esa nave que acaba de aterrizar? Estoy bastante seguro que es una nave de comando planetaria reponiendo combustible.

Immel se movió al lado de Jace y se arrodilló, haciéndole gestos para seguirle.

—Otra patrulla, —dijo ella—. Sigue hablando.

—La nave se habrá ido para cuando nuestros cazas lleguen, pero ¿y si podemos capturar esa cosa? Su ordenador de navegación podría señalarnos cada objetivo Imp en el planeta.

Immel miró al terminal de energía donde el disco de metal de la baliza de objetivo zumbaba en silencio.

—Todo el condenado mundo sería el recorrido de un repartidor de leche azul, —estuvo de acuerdo ella—. Pero no estamos equipados para la acción a bordo.

—No, —dijo Jace—, y no tenemos un montón de poder de fuego para malgastar, pero no vamos a perder esta oportunidad.

Immel se detuvo.

—Señor, —dijo ella—. Estoy al mando de esos hombres, y no los voy a mandar…

Buena mujer, pensó Jace, incluso mientras la interrumpía.

—No los vas a mandar a ninguna parte. Tú acabarás la misión, y yo iré solo. No atraigas la atención hacia allá.

Y no es una mala forma de salir, tampoco, añadió en silencio.

T-MENOS UNA HORA.

El centinela se veía casi inocente sin su casco: joven, pelo rubio como el sol, y una mancha de nacimiento en su cuello. Él caminó bajo el pasillo de comando de la nave, la pistolera balanceándose en su lateral, comiendo una barra de ración.

Tres pasos, y Jace estaba fuera de su escondite, manos enguantadas llevando la culata de su rifle hacia la cabeza del centinela. El hombre se desplomó contra el suelo con apenas un sonido. Jace jadeó de dolor.

—¿Estás bien? —preguntó Immel, el comunicador apenas llevaba su voz.

—Bien, —dijo Jace—. Me cogió un rayo en la plataforma inferior. Fundió algo de piel a la armadura, pero estoy bien. —Era verdad, y las inyecciones de Kolto amortiguaban el dolor. Lo que le preocupaba era que notara el daño en absoluto. El regalo de la vejez.

—Las balizas están todas puestas, los cazas casi están en el sitio. Me uniría a ti, pero debes haberte dado cuenta de que esa nave acaba de despegar.

—Me di cuenta. Estaré bien. —Jace siguió el camino del centinela hacia una puerta pesada: la entrada al puente—. ¿Qué es lo que piensas del Soldado Kayle? —preguntó él.

—Mal tirador, no puede leer una etiqueta, probablemente se envenene a sí mismo un día. Conoce sus defectos y obedece órdenes.

—Podría ser tu nueva vanguardia en el equipo del jaleo nulo. Juega un juego miserable. Piensa en ello.

La respuesta de Immel tardó mucho tiempo en llegar.

—¿Vas a alguna parte?

—Podría, —dijo Jace—. Sólo tenle en mente. Está bien pasar tiempo con tu escuadrón.

Jace silenció su comunicador y golpeó el panel de control. La puerta pesada se irisó al abrirse y el puente surgió a la vista: metal negro y consolas parpadeantes, y una cúpula de transpariacero mirando hacia afuera a la niebla y al cielo. Sólo un puñado de oficiales atendían sus estaciones; cuarenta años de instinto y evaluación de amenazas le decían a Jace que no habría problema.

El supervisor Sith era un asunto diferente.

El Sith estaba en pie en el centro del puente, una nube negra de túnicas oscuras, con una coraza de armadura de metal y la cara con una máscara de metal grabada. Jace no esperó a que la máscara se girara antes de correr, las botas golpeando contra la plataforma, directamente hacia su oponente.

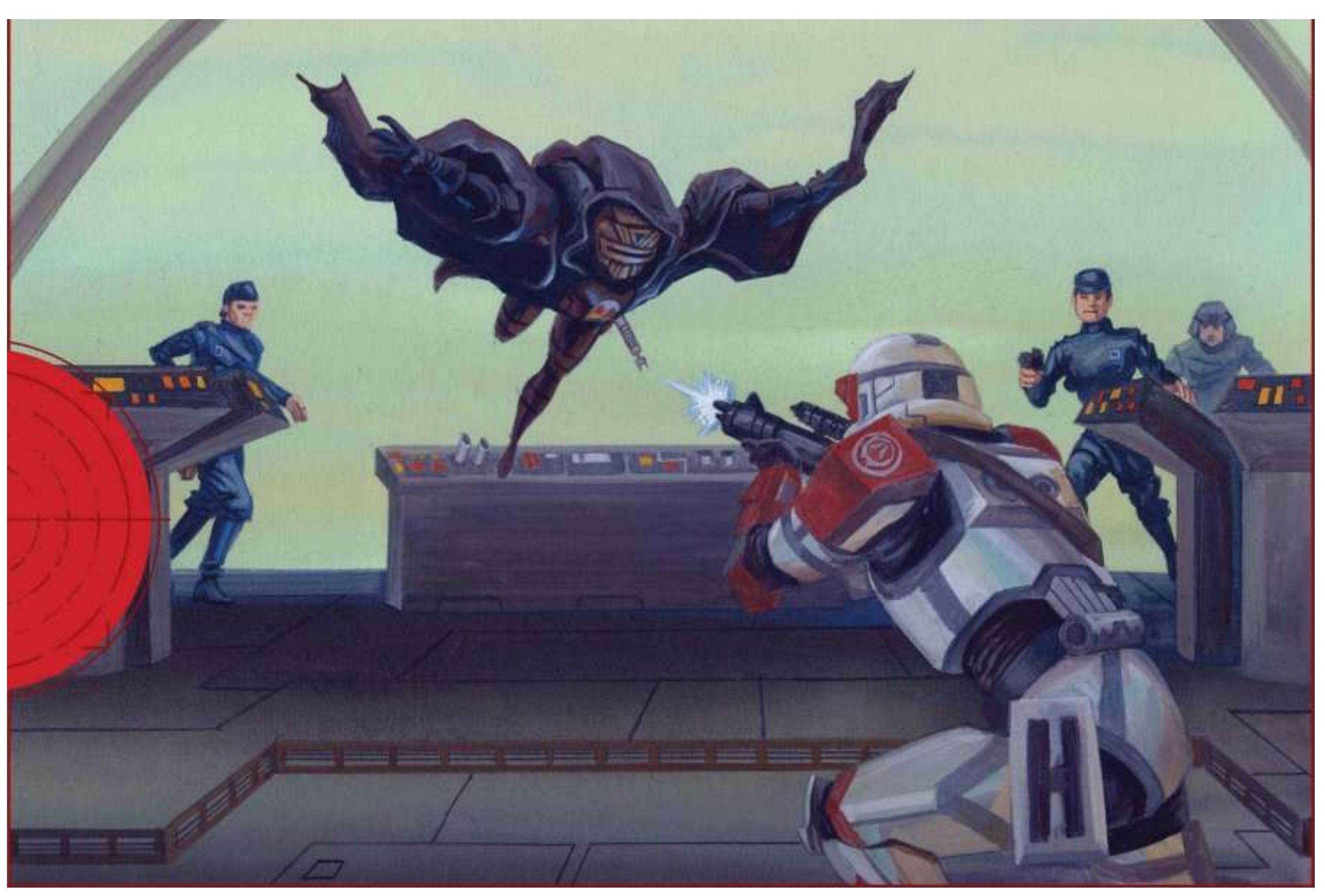
No había trucos para luchar contra los Sith, Jace se lo había explicado a más oficiales y soldados de infantería de lo que se preocupaba por recordar. Los Sith eran poderosos, y rápidos, y se rompían tan fácilmente como cualquier otro. No puedes permitirte temerles… ni siquiera por un momento. El resto era sólo lucha inteligente.

La figura entunicada se empequeñeció y retorció como una bailarina, evadiendo los estallidos de bláster conforme acortaba distancia. Ella —¿era una mujer?— alcanzó su sable láser en su cinturón incluso conforme Jace gritaba y chocaba contra ella, dejando que el peso de su armadura les derribara a ambos.

Jace sintió que algo cedía debajo de él —un brazo entunicado se retorció fuera de su posición o una costilla rota en alguna parte— incluso conforme él aplastaba un codo hacia donde la cabeza de la Sith parecía estar. El duro impacto de la plataforma le dijo que había fallado, y un segundo después una mano se cerró sobre su casco y su visión se volvió blanca.

El calor apuñalaba su cara, alanceando hacia su sien y chorreando por su nariz como si fuera sudor. Él rodó, y parpadeó para quitarse las gotas a tiempo para ver los últimos arcos de electricidad saltar desde la mano de la Sith hacia él. Un poco más, o de haber estado sin casco, y la brujería Sith habría carbonizado su cráneo.

De algún modo, Jace había retenido su rifle. Trató de ponerse en pie, incapaz de sentir sus piernas, conforme la Sith alcanzaba su sable láser de nuevo… sólo para encontrar que ya no estaba, tirado por la plataforma a apenas un metro de distancia.



Jace apretó el gatillo de su rifle. Esta vez, los rayos golpearon el corazón y los pulmones, incluso mientras los filtros de su casco se pixelaban por el daño eléctrico. Él escuchó un sonido amortiguado desde la Sith, alguna última orden, conforme moría.

Por un instante, conforme Jace escuchaba los gritos, vio a los oficiales correr hacia la salida del puente, sintió una avalancha de victoria. La nave de comando era suya. Kalandis Siete iba a ser de la República. Immel y su equipo podían ganar el condenado planeta entero.

Entonces la voz llegó por los altavoces del puente:

—Autodestrucción iniciada.

Las consolas se rasgaron, el metal y el plástico y el cristal ardiendo y humeando a través del aire. La cúpula de transpariacero de la cabina de mandos se destrozó, cayendo como cuchillos. Jace maldijo y cayó, su cuerpo agitándose conforme trataba de arrastrarse hacia delante sobre la plataforma vibrante y lejos del fuego que sentía a su espalda.

Malditamente demasiado cerca, pensó.

Su cuerpo alcanzó la cúpula rota conforme la nave se orientaba hacia delante, empezando a precipitarse contra la superficie del planeta. Miró a la niebla sin fin y se

preparó a sí mismo para la caída. No había paracaídas, ni mochila de salto, ni unidad gravitacional. Había comodidad en saber lo que vendría después.

La nave se agitó, y Jace rodó hacia fuera hacia la niebla, cayendo libre, mirando abajo hacia una sombra alzándose.

Golpeó la superficie rápidamente —demasiado rápido, demasiado cerca para estar al nivel de tierra— y yació aturdido por unos pocos largos momentos. Se dio cuenta de que estaba abrazando el ala de un caza de la República, flotando cerca de la masa cayendo en picado de la nave de comando Imperial.

Dolorosamente levantó el brazo para encender de nuevo su comunicador.

—Immel a Malcom, —escuchó inmediatamente—. Pensé que podríamos gastar un caza en ti. Lo habría mencionado si no te hubieras puesto en silencio.

—Gracias, —dijo Jace, y cerró los ojos. Se permitió a sí mismo tumbarse de espaldas en el ala y dolerse.

—¿Estado de la misión?

—El espaciopuerto está ardiendo hasta pequeños trocitos. Me sentiría bastante bien si no te estuvieras jactando ahí arriba, haciendo estallar naves de comando.

—Estaba tratando de capturarla, Sargento. Podríamos haber ganado el planeta.

Él podía escuchar la sonrisa de superioridad en la voz de Immel, y él sintió que él mismo curvaba sus labios en irritación.

—Sí, de verdad has hecho un desastre… te compraremos una bebida cuando volvamos a la base, Coronel, pero sólo la primera. Algo de mala calidad.

Jace observó la niebla flotar a su alrededor, sintió la sorprendentemente débil propulsión del ala bajo él, y trepó hacia la escotilla superior del caza. Los sonidos distantes del fuego y del metal destrozándose llegaban desde lejos abajo. Immel todavía no lo entendía, y esta era su última oportunidad de decírselo.

—No, —dijo él—. No lo haréis.

—¿Repite eso?

—He sido retirado, Sargento. Justo ahora mismo, hay un transporte llegando para llevarme a los Mundos del Núcleo.

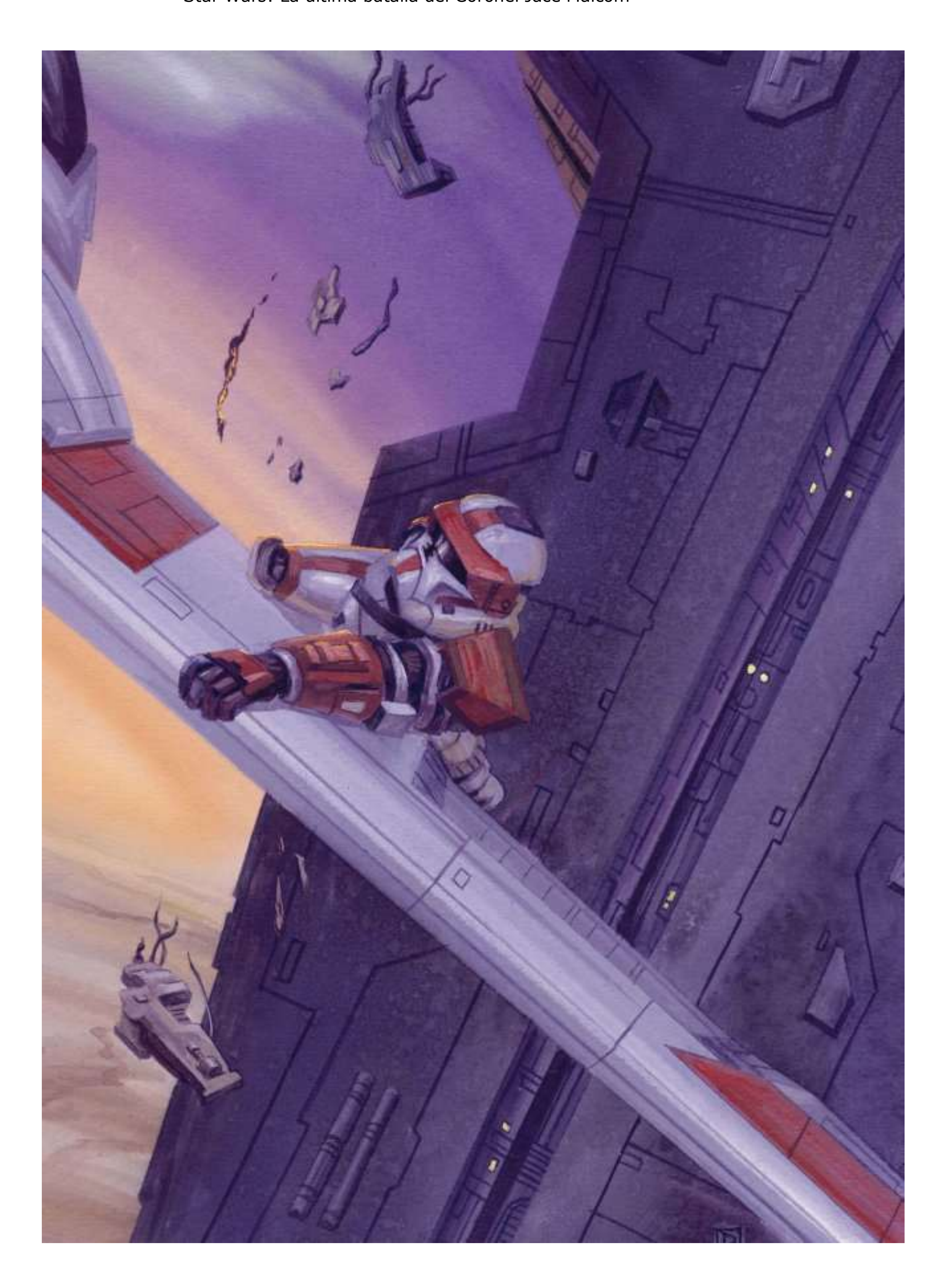
Jace escuchó a Immel maldecir.

Entonces:

—Vosotros los chicos FuerzasEsp sois todos una escoria.

T-MAS CUARENTA MINUTOS.

Jace observó el punto ocre de Kalandis Siete retirarse a través del puerto de vistas de la nave estelar Justicia Fronteriza. El capitán de la nave —un Caballero Jedi cuyo nombre Jace no había captado, que había luchado a través de media docena de bloqueos sólo para llegar a Kalandis a tiempo— no se había quejado cuando Jace llegó maltrecho y tarde. Era la única cosa que le gustaba de los Jedi: Se tomaban las cosas con calma.



—¿Alguna idea de por qué te mandaron? —preguntó Jace. El Caballero Jedi no le dio a Jace una mirada mientras rasgaba cables medio fundidos de debajo de una consola de ingeniería.

—La Canciller Suprema cree que estás desaprovechado ahí fuera, —dijo el Jedi—. Más allá de eso, no lo sé.

Un sonido de explosión eléctrica emergió de la consola, y el Jedi se apartó antes de continuar.

— Imagino que vas a por un ascenso. Toda la guerra está cambiando.

—No es la primera vez que me han dicho eso, —dijo Jace. Él observó a Kalandis Siete desaparecer en el campo de estrellas, el punto ocre ahora indistinguible de entre otros mil mundos distantes y soles distantes.

—Las tropas de ahí abajo no durarán mucho, ahora, —añadió Jace—. No tienen el entrenamiento para mantener la posición. —Él se frotó las mejillas, frotó sus cicatrices, entonces habló de nuevo—. Serán superados en un mes. Las bajas serán pesadas.

El Jedi se puso en pie y se giró para encarar a Jace.

—No sabes eso —dijo él. Jace se encogió de hombros.

—No lo sé —estuvo de acuerdo. Ellos compartirían la mentira juntos—. No importa ahora. La Canciller Suprema te ordena volver a los Mundos del Núcleo, ahí es donde vas.

Todavía, la maldecía por sacarle del campo de batalla. Cuarenta años de dejar soldados atrás y perder a gente eran una carga suficiente para llevar sobre los hombros. ¿Y por el ascenso? Más responsabilidades nunca hacían nada más fácil; sólo cambiaba la mira del trabajo.

Jace se excusó a sí mismo e hizo su camino hacia los cuartos de invitados: unas barracas espartanas donde él se dejó caer sobre un catre y cogió un panel de datos, buscando sobre una lista de sus camaradas en Kalandis Siete. Shanra Immel; Amden vor Keioidian; Vaskus Kayle; Yennir de los Verdes. Todos con los que había luchado. El equipo por el que estaba dispuesto a morir. El equipo por el que lo habría hecho todo por intentar salvarlos.

Cuando alcanzó el final de la lista, borró los nombres de su archivo personal y alejó el panel de datos.

Era hora de moverse hacia la siguiente batalla.